

# LA PELUQUERA Y EL ROJO

Edgardo de Luis

Mirar el título que la acreditaba como una especialista en peluquería y manicura era lo primero que hacía cada mañana cuando llegaba al local. Un papel duro, de color claro, con una buena tipografía, letras que nunca, en ningún otro sitio, había vuelto a encontrar. Una firma en la cual no se distinguía el nombre otorgaba veracidad a aquella aureola que envolvía los márgenes de todo lo que allí había sido reseñado. A ella le hubiera gustado tener una firma como esa, una en la que no se reconociera el nombre; sin embargo, lo escribía muy pegado al primer apellido, luego dibujaba una especie de raya que los subrayaba y, por último, un trazo a la inversa que se revolvía en sí mismo. Tornaba a estos pensamientos ahora que iba a utilizar de nuevo la rúbrica en un acto importante: le quedaban pocos meses hasta saldar el crédito prestado por el banco para montar la peluquería. Varios años pagando puntualmente un préstamo del que pronto se sentiría rescatada. Entonces, ella y su marido podrían vivir más desahogados, no es que ahora vivieran mal, pero es que a partir de ese momento vivirían muy bien. Su marido, su amor, su primer y último novio, el único hombre del que se había enamorado. Los dos eran bastante jóvenes cuando se juraron amor; él había tenido algunos otros rolletes adolescentes,

pero ella había sido definitiva, y así se lo demostró con un acto que tuvo una enorme significación para ellos. Un acto que ella en ese momento no estaba recordando pero que rememoraría después, cuando hubiera llegado a casa y hubiera pensado en la mujer que entró en la peluquería pidiendo que le dejara el pelo liso, que le echara unos reflejos y que le hiciera las manos. Aunque al principio cogió una revista y la hojeó en silencio, luego resultó simpática y habladora. Le gustaba un poco de charla con las clientas, así conocía a gente, opiniones y gustos distintos. Esta mujer le pareció inteligente, instruida, educada. Exponía con seguridad sus criterios, razonaba, se reía sin ser escandalosa. Desde un principio conectaron, desde que iniciaron la conversación a partir de una exclusiva, luego se supo que previamente la había pagado la revista, en la que un conocido personaje masculino dejaba a su novia. Habían pasado varias semanas y ya se sabía que la exclusiva era falsa, sin embargo, ellas iniciaron la conversación como si no lo supieran. Hablaron de los hombres, de los problemas que dan, de los mentirosos que son, de los volubles, a pesar de que la peluquera no había sufrido por ese motivo problemas con su marido. En cambio aquella mujer sí, y dijo que estaría dispuesta a engañarlo. La peluquera tuvo la intuición, por su forma de hablar, de que ya lo había hecho. Incluso insistió en que si se enamorara, aunque sólo fuera un poco, de otro hombre, llegaría a abandonar a su marido. No sabía si le estaba hablando de algo sucedido o no, pero lo cierto es que se la veía resuelta y decidida a cumplir lo que comentaba. Al hacerle la manicura notó que en la yema del

dedo corazón tenía una pequeña herida de la cual habría brotado sangre uno o dos días antes. Aquello la hizo detenerse pero el impulso de la charla la empujaba a continuar su trabajo, olvidándose de la pequeña incisión hasta que regresó a casa. Allí llegó agotada después de todo un día de pie. Se tumbó cinco minutos en el sofá y se quitó los zapatos intentando que la relajación de los pies corriera por el resto del cuerpo. Su marido aún no había llegado. Cumplido el tiempo, se dijo que no fuera perezosa y se levantó dispuesta a poner la lavadora. Echó un vistazo a las prendas que había dentro para hacer una colada toda de ropa blanca. Metió la mano, extrajo algunas para comprobar sus manchas. La manga de una camisa se asomaba. La sacó y le dio varias vueltas, era un poco extraño que su marido hubiera metido la camisa directamente en la lavadora, lo normal hubiera sido que la dejara antes en el cubo de la ropa sucia. También era extraño que la hubiera ensuciado tan pronto, aunque por qué no, pensó, de un día para otro nos podemos llenar de manchas. Le dio varias vueltas por el cuello y los puños y no encontraba que estuviera demasiado sucia hasta que cerca de uno de los botones sorprendió una gota de sangre seca. Se detuvo un instante. Poco a poco notaba que una ola de angustia batía su interior. Dos actos que aquel día la habían obligado a detener su trabajo se entremezclaban y se dotaban uno y otro de sentido, de realidad, más aún si remitía los dos a un momento muy anterior, un momento de su propia vida, de su adolescencia de muchacha enamorada. Cuando su marido, entonces otro adolescente, le pidió que hicieran un pacto de sangre, copiado de una

película que había visto y le gustaba. No se harían daño, sólo tenían que pincharse el dedo corazón y juntar las dos gotas de sangre que brotaran, luego uno chuparía la sangre del dedo del otro. Ese trato de pubertad era el sello de su amor, y ella, desde un principio, estuvo dispuesta a llevarlo a cabo. Tuvo para ellos un valor muy especial, como la vez en que le entregó su virginidad, también en esta ocasión con algunas gotas de sangre. Aquel hombre regresó, se saludaron, se besaron como cualquier otro día. Charlaron sobre lo cotidiano, el cómo había ido el día. Cenaron, descansaron. Ella quiso que él le hiciera el amor, y lo disfrutó, mirándolo a la cara, con las uñas clavadas a su espalda. Siguió callada al día siguiente, y así se mantuvo en los posteriores, callada pero escrutando la ropa que iba a ser lavada, a pesar de que estaba segura de que no encontraría una mancha semejante, aquello se hacía una sola vez, repetirlo con una misma persona lo invalidaría, lo falsearía, y él no habría hecho eso, ni tampoco se lo habría propuesto a otra mujer si no fuera en serio con ella. Pocos lugares le quedaban para la duda, no le cabían subterfugios o la posibilidad de que se hubiera equivocado con él: mientras hacían el amor buscó su dedo, y vio, y luego palpó un pinchazo casi cicatrizado; se lo metió en la boca y lo acarició con la lengua, pero esta vez no pudo comprobar el sabor de su sangre. Mientras trabajaba estuvo dándole vueltas a eso, al sabor que aquella mujer habría encontrado en la sangre de su marido. Tan ensimismada que las clientas le decían que estaba rara, que no daba conversación, que qué le pasaba. Ella no se sentía con fuerzas para contestar porque le habían

robado su más escogido recuerdo y se encontraba indefensa, sola y ridícula. Pronunció algunos monosílabos para salir del paso y forzó la sonrisa. Al concluir la jornada miró su título de peluquería, sólo él le parecía cierto mientras que las personas se cubrían de mentiras, no sólo su marido sino todos, todos eran un fraude. Perdida la confianza en el hombre que más quería, lo demás se quebraba, pues él había sido el sustento de sus afectos, de sus pasiones, de su experiencia. También la notó rara en casa, porque lo esquivaba, porque no lo miraba a la cara. Ella le echó la culpa a la regla. Y con esa misma regularidad, pasado un mes tuvo que cambiarse en el aseo de la peluquería el tampón que llevaba puesto, pleno de coágulos. Había sido el peor mes de su vida, escondida había llorado enjugándose con interminables pañuelos de papel que se deshacían mojados entre los pliegues de su rostro y sus dedos. Esa última regla estaba siendo caudalosa, sangraba tampones que impregnaban de rojo el inodoro y contribuían a acrecentar esa sensación de mareo y ahogo, ahíta de sangre y ansiedad. Sin embargo, fue capaz de superarse, de disimular y hasta de realizar un acto que ni en ese ni en otro momento se había planteado, una acción que no sabía que iba a cometer y de la que no tuvo respuesta -)o sí?- nunca. Aquella mujer volvió a entrar en la peluquería para que le hiciera el mismo servicio. La peluquera supo mantener la conversación, contribuir a ella, estar tan atenta como la primera vez. En su interior se incendió una chispa de sofoco cuando de nuevo trataron el tema de los hombres, pero consiguió mantener su indiferencia como una cortina tras la cual bullía el rojo.

Aquella mujer insistía en que si encontraba otro hombre al que quisiera lo suficiente, abandonaría a su marido. La peluquera volvió a tener la sensación de que hablaba como si ya hubiera encontrado a ese hombre, como si ya se hubiera acostado con él, como si ya le hubiera desabrochado ella misma la camisa soltando uno a uno los botones, llenando con su boca cada hueco de piel que iba quedando libre, acariciándolo antes de desnudarlo por completo. Llegado el momento de hacerle la manicura, observó la yema del dedo corazón, no quedaba ningún resto de la herida, pero sí la vio roja, hinchada de sangre. Distinguía a simple vista cada semicírculo de la huella porque el rojo intenso los hacía aumentar, los convertía en una continua erupción, vesículas que se prestó a reventar clavándole de un solo golpe las tijeras finas y pequeñas que estaba utilizando. Un chorro estalló. Frente a esa mujer, atónita, aún insensible al dolor por la sorpresa, la peluquera cogió con su dedo una gota de la sangre que manaba y la chupó. La mujer se arrancó las tijeras, le gritó que estaba loca y corrió hacia la salida con una toalla en la que envolvió el dedo.

Incluso tuvo dos niños porque recuperó el amor adolescente que nunca había perdido por su marido, recuperó esa parte cotidiana que te permite mirarlo y tocarlo cada día. Sigue echando un vistazo todas las mañanas al título, a la textura del papel, a la firma, y le parece tan cierto como la más pequeña de sus intuiciones.